

Entrevista a Samanta Schweblin, Premio Juan Rulfo 2012

Victoria Torres

Universidad de La Plata

La entrevista tuvo lugar en enero de 2013 en el Romanisches Seminar de la Universidad de Colonia, Alemania, en el marco de un curso sobre literatura fantástica dictado por la Dra. Maria Imhof. Allí, Samanta Schweblin presentó el cuento “Un hombre sin suerte”, ganador de la última edición del Premio Juan Rulfo.

Samanta Schweblin nació en Buenos Aires en 1978. Sus relatos han formado parte de numerosas antologías, tales como *La joven guardia* (2005) y *Una terraza propia* (2006), y es autora de varios libros de cuentos, entre los que destacan *El núcleo del disturbio* (2002) y *Pájaros en la boca* (2009), obra por la que, en 2008, le fue concedido el Premio Casa de las Américas y que después fue traducida a once lenguas y editada en veintidós países. En 2010 la prestigiosa revista literaria británica *Granta* la consideró una de las mejores escritoras jóvenes en lengua española. En la actualidad Schweblin tiene una beca del Programa Berlín para Artistas que otorga el DAAD y reside en Alemania.

Victoria Torres (VT): ¿Qué significa para vos haber ganado el Premio Juan Rulfo?

Samanta Schweblin (SS): Un gran honor, por supuesto, es uno de los premios más prestigiosos de cuento en español. Pero además hay algo en su nombre, Juan Rulfo, que viene con doble premio, porque es un autor que admiro muchísimo, importante en mis primeros años de escritura, y él fue uno de los fundadores del premio.

Me ilusiona pensar el premio como una palmada suya en el hombro.

VT: ¿Por qué seguís apostando al género cuento, y además al cuento de una manera bastante “clásica”?

SS: No es una elección premeditada. Creo que el tipo de ideas que me seducen se lucen mejor en formatos más breves. En realidad, esta idea de género al estilo “cuento” o “novela” nunca está presente en el momento de la escritura. Hay una idea fuerte, una sensación, una incertidumbre que necesito contar, y la cuento pensando en el formato, el narrador, el ritmo y tono que me resulten más conveniente para la historia.

VT: ¿Cómo te llevás con el prejuicio de que los que escriben cuentos recién se van a convertir en escritores “maduros” cuando escriban novelas? La solapa de la edición de Mondadori anuncia, por ejemplo, que estás trabajando en una novela...

SS: ¿Por qué a los novelistas nunca les preguntan cuándo se atreverán al formato de cuento? Antes me indignaba mucho este tipo de expectativas. Sentía que esperaban de mí algo que yo no sé si iba a ser capaz de dar. Ahora que ya no se espera eso, que está bien que “sólo sea cuentista”, ahora sí me sentiría con mucha más libertad para escribir una novela. Pero tiene que haber una idea que justifique el intento, no me gustaría forzarlo.

VT: ¿Sos además por sobre todo lectora de cuentos? ¿A qué autores de este género considerarás tus maestros?

SS: Sí, cuando me recomiendan un autor lo primero que busco es su libro de cuentos; si no tiene, me resigno a la novela. Adolfo Bioy Casares, Julio Cortázar, Antonio di Benedetto, fueron mis grandes maestros argentinos. Pero creo que la impronta más fuerte sobre lo que escribo la tuvieron algunos raros que leí en mi adolescencia, Boris Vian, Dino Buzzati, Gesualdo Bufalino, Bekett, Kafka... Me

encantaba todo lo extraño. Y un poco más tarde llegó la técnica y la precisión norteamericana, con la que creo que más aprendí a escribir: Flannery O'Connor, Ernest Hemingway, J. D. Salinger, John Cheever.

VT: Y con respecto a los cuentistas actuales argentinos, ¿hay alguno que te interese particularmente? ¿Por qué?

SS: Hay muchos; la verdad es que el cuento argentino sigue gozando de muy buena salud. En mi generación hay cuentistas como Federico Falco, Mariana Enríquez, Fabián Casas, Pedro Mairal y otros tantos que estoy dejando afuera.

VT: Fuiste incluida en algunas antologías de cuentos que evidentemente te etiquetan... la autora joven, la autora mujer, la cuentista... ¿Cuál es tu opinión a este respecto?

SS: Las etiquetas siempre molestan, y construyen equívocos nefastos, como que todo lo “nuevo y joven” es “bueno” o que todas las mujeres escriben “literatura femenina”, que sería más o menos como decir que los mexicanos solo escriben “novelas narco”. Pero supongo que son parte de los mecanismos del mercado; no me hago tanto drama por eso.

VT: Pasemos a tu producción más reciente. Tus cuentos anteriores pueden ser considerados textos de la narrativa fantástica, especialmente pensándolos desde la clásica definición de ese género que hace Todorov, porque el lector se queda siempre con la incertidumbre, dudando con respecto a lo que pasa y se ve obligado a completar silencios (“lo no llenado”, como dice Rosalba Campra). Con respecto a “Un hombre sin suerte” decís que sos más “realista”, sin embargo, del principio al final uno se puede preguntar infinidad de cosas que el texto no resuelve... ¿Qué es lo realista entonces? (Yo pensé que lo realista es que al final el lector se ve confrontado con sus propios prejuicios... La realidad del lector es lo que entra por allí.)

SS: Yo no asocio tanto lo “fantástico” a “lo no dicho”. En literatura, lo “no dicho” es a veces lo esencial, lo esencial al relato, y que no esté escrito no significa que no esté presente en el texto, latiendo en la cabeza del lector, o dictándose con precisión entre palabras. Lo fantástico es otra cosa, es lo imposible de suceder, lo inexplicable, lo desconocido. En el caso de “Un hombre sin suerte”, por supuesto que hay infinidad de cosas que el texto no resuelve, pero el universo del cuento se mueve siempre en el plano de “lo posible”, “lo factible de suceder”, por más extraño que sea. No olvidemos que, finalmente, la “normalidad” no es más que una convención social.

VT: Y a propósito de lo que genera en el lector ese señor sin suerte... Por lo que estuve mirando, y a poco de haberse empezado a difundir el texto, muchos lectores ven allí directamente el tema del abuso infantil. Se te compara, por ejemplo, con Andrea Jeftanovich... ¿Era tu intención tematizar este gran miedo social?

SS: Absolutamente, no. No creo tampoco que haya ninguna alusión directa a este tema en el cuento. Pero sí tuve la intención de jugar con la conciencia de lo perverso. Lo perverso está también en los que queremos evitarlo, decimos “esto podría ser perverso” porque prevemos lo perverso, algo nos empuja a anticiparlo constantemente, y por lo tanto, a tenerlo mucho más presente de lo que pensamos. El cuento intenta jugar con esa tensión de principio a fin, pero todos los personajes quedan eximidos de sus culpas. Acá el único perverso es el lector.

VT: El tema del miedo en general es muy recurrente en tu obra, ¿por qué?

SS: Escribir me ayuda a acercarme a las cosas que más me asustan. El miedo a la pérdida, a la soledad, al dolor, a la incomunicación. Creo que la literatura es como los soldados que en la guerra hacían

“la avanzada”. Ése era el trabajo de mi abuelo paterno. Iban por delante del ejército, exponiéndose solos a lo peor, sacrificándose a sus peores miedos en pos del resto. La literatura me permite asomarme al vacío, a lo más oscuro de mí misma, y volver con información muy valiosa, lo más ileso que me sea posible.

VT: Y ahora que relacionás la literatura con tu historia familiar... En tu obra aparecen mucho los miedos entre los miembros de una familia, especialmente entre los padres y los hijos. ¿Por qué te interesa tanto esta cuestión?

SS: La familia es el entorno más cercano que tenemos, y cuando lo extraño, lo anormal, lo peligroso, se cierne en nuestro círculo más pequeño, todo se vuelve mucho más horroroso.

VT: Otra cosa que aparece en tu cuentística son los narradores infantiles o jóvenes. ¿Qué te llama tanto la atención de la infancia y la adolescencia?

SS: En la infancia esta convención social llamada “normalidad” no está todavía completamente delineada. Lo que para nosotros podría ser algo absolutamente inaceptable, a ellos podría no sorprenderlos, y viceversa. Esto genera una línea bastante confusa entre lo real y lo fantástico, lo creíble y lo increíble. Incluso, si estos personajes-chicos son narradores genera un prejuicio y una desconfianza a priori en el lector muy interesante también. Cuando el narrador es un chico todo se lee entre comillas.

VT: En comentarios que hacés con respecto al cuento ganador del Juan Rulfo decís que hay allí también elementos autobiográficos. ¿Te interesa también apuntar hacia ese giro tan notorio en la literatura argentina de los últimos años?

SS: Me interesa si sirve a la historia, nada más. No hay ningún interés premeditado. De todos los cuentos que escribí hasta ahora, sólo sucedió en “Un hombre

sin suerte” y “Cabezas contra el asfalto”. En ambos casos fue doble trabajo, y separarme del recuerdo para construir una nueva imagen al servicio de la historia fue más difícil de lo que pensaba. No me imagino escribiendo textos autobiográficos, para nada. Aunque estoy de acuerdo en las malas lenguas que dicen que, si se escarba un poquito, la producción literaria es siempre autobiográfica.

VT: Y hablando de la literatura argentina actual: otra de las cuestiones centrales que los autores tratan en sus obras son los acontecimientos de la historia reciente del país (temas referidos a la militancia, los terribles años de la dictadura...). Tus cuentos parecen querer eludir esas referencias explícitas, ¿o me equivoco? ¿Tenés motivos concretos para hacerlo?

SS: Nunca fue mi intención, nada más alejado. Pero en cuentos como “Bajo tierra”, “En la estepa”, o “Matar a un perro” me doy cuenta de que muchos lectores hacen este tipo de cruces. Quizá es algo que esté más en el consciente colectivo de los lectores y no tanto en el texto. Finalmente, la literatura funciona muchas veces como espejo, hay espacios para los miedos y para las angustias, pero en esos espacios cada uno dibuja sus propios monstruos.

VT: La otra cosa muy recurrente de la literatura argentina del año 2001 en adelante tiene que ver con la elección de ciertos escenarios particulares: los barrios, el suburbio, el conurbano... un escenario que no te atrajo para nada anteriormente. Este último es uno de los pocos cuentos que transcurre evidentemente en la ciudad... ¿hasta hay un *shopping*? ¿Es otro de los cambios que se trae tu nuevo libro de cuentos?

SS: Es verdad, tenés toda la razón y era algo que no había visto. Ahora que me decís esto, pienso en los cuentos del nuevo libro y hay muchísima más presencia de lo

urbano que en los libros anteriores. Hasta me animaría a decir que el primer libro, *El núcleo del disturbio*, sucede en mundos muy lejanos, hasta ensoñadores, luego viene *Pájaros en la boca*, donde la ruta y los suburbios tienen mucha presencia, así que sí, con este nuevo libro llegaría finalmente a la ciudad.

VT: ¿Para cuándo va a estar listo el nuevo libro?

SS: Fines de este año, quizá principios del que viene.

VT: ¿Y después? ¿Ya tenés planes para lo que viene después?

SS: Sí, por supuesto, ya tengo entre manos historias que sé que no podrían formar parte de este libro —por su tono, por su geografía, por su género—, y ya voy pensando y archivando para el libro que viene.